



Sin piedad y sin ira



y sin dejar más huella que algún eco de voces, o colores, difusas o apagados, envueltos en finas telarañas pavorosas¹ meciéndose en la sombra rasgada por el rayo de luz amarillenta que en un arrebatado de romanticismo o de nostalgia queremos creer dorada no hallando, casi nunca, otra cosa de mayor lustre o peso que un lejano rescoldo de pasiones huidizas, pero torpes, que en su fuga no supieron encontrar el camino que las llevara lejos y quedaron, por contra, atrapadas en fragmentos de anécdotas que ajenas a la veracidad de si fueron contadas, soñadas o vividas, se crecen envanecidas de su rango de graciosas, o amargas, o tristes o ruidosas al amparo o arrullo de un silencio que no va después de tantas lunas, ni estaciones ni inclemencias ya de tiempos ya de ciegas, despiadadas justicias, a desvelar la pudorosa realidad desnuda de una Nada ni de un Nadie proclamando que no, o que sí, fueron Ella ni Él tal como los percibe quien los nombra.

1 *¿Vaporosas?*